

ella á nombre de los príncipes de su sangre, y juzgando que el tiempo podría curar aquel espíritu arrebatado, creyeron útil que viese en una tierra que el rey la concedió.

En el mismo Concilio se trató de la causa de Gales, arzobispo de Reims, que era para lo que principalmente se había reunido (1). Este prelado, despues de haber negado largo tiempo contra las mas fuertes pruebas, de repente se reconoció culpable de una multitud de crímenes de Estado y de haber procedido siempre contra el servicio del rey Childeberto y de su madre Brunquilda, hasta aconsejar el deshacerse de la reina para oprimir mas fácilmente al rey su hijo. Declaró igualmente haber atizado el fuego de las guerras horribles que habían causado tantos estragos en las Galias, y de haber recibido mil sueldos de oro y otros muchos presentes por secundar los proyectos desastrosos de Chilperico y Fredegunda. Obtuvo él la vida los obispos, aunque merecia perderla; le depusieron del sacerdocio, y ordenaron en su lugar al presbítero Romulfo, hijo del duque Lupo. Despues fué desterrado Gales á Strashburgo, y se hizo inventario de sus tesoros. Dejaron á su iglesia lo que procedía de bienes eclesiásticos, y lo que era fruto de sus intrigas fué confiscado para el rey.

Consolaba entretanto á las Galias de estos escándalos domésticos un ilustre extranjero llamado Columbano (2). Era natural de Irlanda, en donde con todos los conocimientos propios de un hombre bien nacido, había adquirido la ciencia de los Santos infinitamente mas apreciable. Era de buena presencia, de ingenio vivo y brillante, de alma recta y llena de energía, incapaz de ablandarse y aun inflexible; y conociendo desde luego los peligros que tendria

(1) Gregor. Turon. lib. 10 hist., cap. 19.

(2) Act. Bened. tom. 2, pag. 7.

que correr en el mundo, resolvió abandonarle. Para verificarlo con mejor éxito, dejó su país, á pesar de la resistencia de su madre. Recorrió diferentes regiones, y llegó á las Galias á los treinta años de edad, con otros doce monges de las islas británicas. Fijó su residencia en medio de los desiertos de los Vosges, en el sitio mas inculto y áspero, llamado Ansgrey. Mas haciéndose cada vez mas numerosa su comunidad, buscó un sitio menos estrecho en el mismo desierto, y á ocho millas de Ansgrey levantó el monasterio de Luxeu. Muy pronto fué tambien insuficiente este establecimiento, y tuvo que edificar otro llamado las Fuentes, á causa de la abundancia de sus aguas. Nombró superiores de una virtud á prueba para cada uno de estos monasterios, en los cuales residía él alternativamente.

Todavía se conserva la regla que le dictó, y que durante mucho tiempo fué la mas seguida por los cenobitas de las Galias. Es breve y sencilla como todas estas instituciones antiguas, y distribuye el día entre la oración, el trabajo y la lectura. No debían tomar alimento hasta la hora de nona, y había de ser el de los pobres, esto es, yerbas, legumbres, harina desleida en agua, con un pequeño pan. La salmodia, lo mismo que en la regla de San Benito, era mas ó menos larga conforme á las festividades y estaciones diversas.

Al fin de la regla está el penitencial ó el modo de corregir las faltas de los hermanos. Los castigos mas frecuentes son los azotes, los cuales podían llegar hasta doscientos; pero nunca mas de veinticinco de una vez, y seis solamente por las faltas leves. Hacían los monges la señal de la cruz sobre todo lo que tomaban. Al salir de casa llevaban consigo el óleo bendito para unguir á los enfermos. Parece que llevaban tambien la Eucaristia, pues hay penitencias para los que dejen corromper las

especies sacramentales. Distingue el Santo con claridad dos clases de pecados: los mortales, que se deben confesar al sacerdote, y los pecados leves, que se confesaban muchas veces al abad. Se observa que San Columbano había leído á Casiano, del que tomó muchos artículos de su penitencial. En otra segunda obra con el mismo título, se señalan las penas canónicas de todo género de crímenes y para toda clase de personas. Esto, así como el ejemplo del santo fundador, que predicaba en todas las partes por donde transitaba, demuestra que sus compañeros y discípulos no vivían tan aislados en el retiro que no se empleasen al mismo tiempo en las funciones de la caridad pública.

Había llevado de Irlanda la costumbre especial de los habitantes de aquella isla de celebrar la Pascua el día catorce de la luna precisamente, y no el domingo siguiente como la Iglesia romana. Inquietado sobre este punto por los obispos de Francia, escribió al Papa San Gregorio con grande libertad y con mucho mas apego de lo que convenia á un uso desechado mucho tiempo antes por la Iglesia universal y totalmente extraño en la iglesia donde vivía (1). No se entregaron al Pontífice estas cartas; y Columbano escribió otras á muchos obispos de las Galias, haciéndoles saber que tenía tomado su partido, y que en vano se intentaría hacerle mudar de dictámen. «Mirad, decía, lo que hareis á unos pobres viejos extranjeros; tengo para mí que sería mas útil consolarlos que inquietarlos. ¿Qué os pido yo, sino que se me permita vivir en reposo en estos bosques, cerca de los huesos de diez y siete de nuestros hermanos que aquí están enterrados? ¿Por ventura no habremos venido de tan lejos por amor de Jesucristo, sino para vernos espulsados

(1) Biblioth. Patr. Tom. 6 edit. Lugdun. pag. 31 etc.

por los obispos del lugar en donde le servirán? Dificil es justificar aun en un Santo este primer rasgo de apego á su propio sentir; empero las mas brillantes virtudes, como los astros mas luminosos, tienen sus manchas y sus eclipses. Escribió segunda vez á Roma San Columbano, y no mostró apego á su observancia particular sino en cuanto no se juzgase opuesta á la fé.

Florece por la propia época y en el mismo género de vida, pero en la estrechidad opuesta del mundo cristiano, San Juan, apellidado Clímaco, de la palabra griega que denota escala, á causa de su tratado de la perfección evangélica intitulado *Escala del cielo*, que ocupa uno de los primeros lugares entre las obras de los antiguos ascéticos. Juan fué abad del monasterio del monte Sinai, en el que había entrado á los diez y seis años de edad, y donde le obligaron á ser abad despues de cuarenta años de vida solitaria. Resistíase mucho su humildad á publicar las producciones de su ingenio; y en efecto, no dió á luz su excelente libro, sino despues de reiteradas instancias del abad del monasterio de Raithe, que le hizo temer que resistía al espíritu de Dios ó incurria en el castigo del siervo inútil. Compónese esta obra de treinta grados de perfección, ó para sostener la idea figurada del autor, de treinta escalones que demuestran el encadenamiento progresivo de las virtudes y como las diversas estaciones de la vida interior, desde la fuga del mundo y del pecado hasta el perfecto desprendimiento de todos los objetos terrenos.

A los preceptos añade el autor los ejemplos de que había sido testigo ocular visitando los célebres monasterios de Egipto. Nada le había parecido mas digno de admiración que la perfecta sumisión de los religiosos consumados en el estudio de la sabiduría y en el ejercicio de todas las virtu-

des, y que despues de cuarenta ó cincuenta años de profesion, obedecian con una simplicidad de niños á cualquiera que les mandaba en el nombre del Señor. Lo que refie-re de los rigores de la penitencia que hacian cerca de Alejandría los que despues de su profesion habian caido en algun pecado grave, nos pareceria absolutamente increíble, si quisiéramos juzgar de ellos por la debilidad de los penitentes ordinarios de estos últimos siglos.

Para aquellos primeros penitentes habia una habitacion particular, llamada la prision, á una milla de distancia del monasterio grande (1). A nadie se encarcelaba allí sino á los que querian por su propia voluntad; mas los que de este modo se habian condenado á sí mismos, no salian ya hasta que Dios hiciese conocer al abad que los habia perdonado. No entraba allí ni vino, ni aceite, ni aun fuego, y no tenian otro alimento que un pan grosero y algunas yerbas. Era espantoso el sitio, oscuro en estremo, y de una infeccion capaz de ofender á todo el que no estuviese totalmente muerto á sí mismo. La vista sola de este lugar inspiraba compuncion y una saludable tristeza. Mas para que los lúgubres pensamientos no degenerasen en desesperacion, el superior particular de estos penitentes, hombre de una virtud y esperiencia consumada, tenia especialísimo cuidado de disipar el tedio, ocupándolos de continuo. En los cortos intervalos que les dejaba una oracion casi continua trabajaban en tejer hojas de palma que les traian del monasterio. Este era su soláz en las horas de descanso.

En su santo fervor unos pasaban la noche á la intemperie y de pie, violentando á la naturaleza para desterrar el sueño, y acusándose de su flojedad cuando los oprimia. Tenian otros las manos atadas á la espalda

(1) S. Joann. Clim. Scal. col. grad. 5.

como malhechores públicos, y con el semblante macilento y los ojos tristemente inclinados á la tierra esclamaban que no eran dignos de mirar al cielo ni de dirigir la palabra á su Criador. Muchos, postrados en tierra ó sobre la ceniza regada con sus lágrimas, ponian la cabeza entre las rodillas para ocultar su confusion, esforzándose de mil modos para ahogar sus suspiros y sus lamentos. Pero en breve no pudiendo contenerlos prorumpian de repente en sollozos, y suspirando por su primera inocencia daban gritos semejantes á los bramidos de una leona á quien han robado sus cachorros. Algunos, semejantes á estátuas, inmóviles, con los ojos abiertos y fijos, parecian como petrificados por el dolor. «Pero qué corazon hay tan duro (añade San Juan Climaco á esta pintura, cuyos rasgos tenia siempre grabados profundamente en su corazon), qué marmol ó qué bronce no se enterneceria al oír los acentos que la mayor parte hacian resonar? Reflexionaban en sí mismos el grado eminente de virtud de donde habian caido: *¿qué se ha hecho, esclamaban, la antigua hermosura de nuestra alma y la gloria de nuestro primer fervor? ¿Dónde están aquellos dias felices que ahora no podemos recordar sin amargura? ¿Quién nos tornará á aquel estado de inocencia é integridad, en que el Todopoderoso habitaba en nosotros y nos miraba con complacencia?* Dos torrentes de lágrimas corrian de sus ojos al proferir estos lúgubres lamentos, y de sus resultas muchos habian quedado casi ciegos. Clamaban á grandes voces, pidiendo como preciosos favores enfermedades horribles, epilepsia, parálisis, privacion de todos sus sentidos y de todos sus miembros, con los azotes mas espantosos que pudiesen atormentarles durante la vida, con tal que el Juez supremo les perdonase en la muerte. Decianse uno á otro algunas veces: *¿Creeis, hermano, que alcanzaremos*

por último misericordia? *¿Juzgais que llegaremos algun dia al feliz término donde no habrá nada manchado? Esperemos solo en la clemencia de nuestro Dios: no cesemos de mortificarnos, crucifiquemos sin piedad una carne impura y homicida que ha dado muerte á nuestra alma.* Sus rodillas estaban cubiertas de callos tan duros como la piel de los camellos; sus ojos horriblemente hinchados; sus mejillas llenas de sulcos y medio consumidas por el abrasado ardor de sus lágrimas; en fin, su pecho acardenalado y contuso del guijarro con que se herian sin cesar, les hacia arrojar algunas veces mucha sangre.

Tal era todavía el espíritu de penitencia aun en tiempo de San Juan Climaco, es decir, á fines del siglo VI; pues el Papa San Gregorio le escribió (1) encomendándose á sus oraciones, porque su mérito era conocido hasta en las estremidades del Occidente, y la carta es por lo menos ya del año 600, en el cual San Juan Climaco era todavía abad. Renunció esta dignidad al fin de sus dias, retirándose á la soledad en donde en otro tiempo habia observado la vida de anacoreta, y en ella dió fin á su santa carrera, trabajando con nuevo ahinco en la grande obra de su propia perfeccion.

Entre tantos trabajos y cuidados del ministerio pontifical, nunca habia perdido de vista San Gregorio el objeto de que tan poseido estaba aun desde antes de ascender á la Cátedra pontificia, esto es, la conversion de los ingleses, á la que le vimos consagrar su propia persona; así pues aprovechó la ocasion oportuna y tomó sus medidas para asegurar mejor la ejecucion de esta grande empresa. En las Galias tenia un administrador de los bienes que poseia allí la Iglesia romana, y al prescribirle según su costumbre el exacto y buen uso de estas rentas, que se empleaban regular-

(1) Greg. M. lib. 12. Epist. ep. 16.

mente en obras de caridad en los mismos parages, advierte y ordena á este administrador, que era presbítero y tenia por nombre Cándido, que comprase jóvenes cautivos ingleses, los pusiese en los monasterios y los hiciese instruir perfectamente en los principios de la Religion. Eran estos otros tantos obreros que intentaba emplear en la mision de Inglaterra.

En el año 596 dispuso que Agustin, abad del monasterio de San Andrés de Roma, saliese para esa su querida isla acompañado de algunos otros religiosos. En sus epístolas los recomendó á muchos obispos de las Galias, por cuyos distritos tenian que pasar, entre quienes se contaba á Pelagio de Tours, sucesor del santo obispo Gregorio, muerto poco tiempo antes, y á Paladio de Saintes. Notaremos de paso, que el Papa remitía á estas reliquias para cuatro altares de la misma iglesia que habian levantado por aquel tiempo y que tenia hasta trece; ejemplo raro entonces. Tambien escribió el Pontífice á la reina Brunquilda y á los jóvenes reyes sus nietos, tanto para lograr su proteccion para con los reyes de Inglaterra, como para que sus misioneros tuviesen algunos cooperadores entre los presbíteros súbditos del rey de Francia; pues los francos, descendiendo de la Germania lo mismo que los ingleses, y hablando con corta diferencia la misma lengua, eran los mas propios para tratar con estos vecinos. Descúbrese en esta carta y en algunas otras del mismo Papa la idea que ya se habia formado entonces en Roma del imperio francés. Dice el santo Papa á Childberto, el cual reinaba efectivamente sobre casi todos los pueblos del dominio francés, que era tan superior á los demas reyes, como los reyes lo son al resto de los hombres.

Los ingleses y los sajones que de los confines germánicos se habian trasladado á

la Gran Bretaña cerca de ciento cincuenta años antes, habían fundado allí muchos reinos, de los cuales el de Kent era el mas poderoso. Ethelberto, su quinto rey, que le gobernaba hacia ya treinta y seis años, habia contraído matrimonio con una princesa francesa llamada Berta, hija del rey Chereberto. Muy distinta era la religion de los dos esposos, pues el rey adoraba todavía los ídolos, y la reina tenia el libre ejercicio del cristianismo en su casa. Mas no quiso concretarse á esto solo, sino que hablaba muy á menudo de nuestras sagradas verdades al rey su esposo, empleando todo el influjo de su ternura para atraerle á la fé. Parecia ser el destino de las princesas de Francia el librar á los nuevos conquistadores de la Europa de las tinieblas de la idolatría y de la heregia; mas aun no habia llegado el momento de la conversion de Ethelberto. Sin embargo, este recibió bien á los misioneros, y aun tuvo la curiosidad de oírlos, á cuyo fin pasó á la isla de Taner, sobre la costa de la provincia de Kent adonde habían llegado. Determinó concederles audiencia en campo raso, por una antigua preocupacion que le obligaba á temer que, respirando el mismo aire que los predicadores del cristianismo en un lugar cerrado, llegarían á encantarle con sus artes mágicas. Obrábase todavía con frecuencia los milagros en estas circunstancias cuando de dia en dia se trataba de convertir al Evangelio nuevos bárbaros, y estos los atribuían como los primeros enemigos del Evangelio á un resultado de la magia.

Entretanto iban llegando en procesion los misioneros, llevando una cruz de plata con la imágen del Salvador, cantando letanías y suplicando á Dios les otorgase la salvacion de los pueblos, por los cuales venían de tan lejos (1). El rey los hizo sentar para

(1) Gregor. Turon. lib. 9, hist. cap. 26; Ven. Bed. lib. 1 hist.

oírlos despacio. «Os anunciamos, le dijo Agustin, la mas feliz de todas las nuevas. El Dios Todopoderoso que nos envia os ofrece por medio nuestro un reino sin fin, acompañado de paz y de alegría inalterables. Para conseguir su posesion, nada mas hay que hacer que rendir homenaje á este Soberano Señor que ha formado de la nada el cielo y la tierra y todo lo que contienen.» «Bellas promesas, dijo el rey; pero como me parecen inciertas, no puedo dejar por ellas lo que he observado tanto tiempo con toda la nacion de los ingleses. Sin embargo, si otros las juzgan bien fundadas, no quiero privarles de las ventajas que vosotros decís: atraed á vuestra Religion á todos los que podais convencer. Y pues venís de tan lejos por nuestro amor, y con la loable intencion de que participemos de lo que vosotros creéis mas verdadero y perfecto, lejos de hacerlos daño voy á ordenar que os proporcionen todo lo necesario para vuestra subsistencia.»

Concediéronse efectivamente á los misioneros las cosas necesarias y una habitacion en la ciudad de Dorovern, capital del reino de Kent, que despues se llamó Cantorberi. Pusieron en obra el modo de vivir de los Apóstoles y de los primeros fieles, admitiendo solo lo absolutamente necesario á la vida, ayunando y orando de una manera tan edificante, que un gran número de aquellos isleños meditabundos y juiciosos, movidos sobre todo con esta predicacion muda del buen ejemplo, pidieron el bautismo. El rey mismo, admirado de la pureza de vida de los misioneros y reconociendo la solidez de sus ofertas á vista de los milagros que obraban para confirmarlas, se convirtió por último y fué bautizado. Convirtiéronse muchos despues del rey, lo que llenaba de gozo á Ethelberto. Mas no hizo violencia á nadie, porque habia aprendido de los romanos que el servicio de Jesucristo debe

ser voluntario. Contentábase con mostrar una confianza y benevolencia particular á los que profesaban la misma Religion que su soberano.

Regresó Agustin á Francia, donde le ordenó obispo San Virgilio de Arlés, vicario del Papa en las Galias. Existia en Cantorberi una antigua iglesia que levantaron los romanos, y el nuevo obispo la consagró con la advocacion del Salvador, la erigió en metrópoli, ó mas bien en la primada de Inglaterra, y el rey la dotó con magnificencia. Todos estos sucesos llenaban de consuelo al Papa San Gregorio, á quien los participó Agustin por medio del presbítero Lorenzo y el monje Pedro, que envió al punto á Roma; y por el mismo conducto consultó al Santo Padre sobre muchos artículos relativos al régimen de la nueva cristiandad.

No regresó Lorenzo hasta tres años despues; pero con un refuerzo de obreros apostólicos que se habían preparado durante este intervalo. Llevaba cartas para el rey y la reina de los ingleses, para Brunequilla, cuya fé y Religion ensalza extraordinariamente el Papa; para los reyes sus nietos y para muchos obispos de Francia, á los cuales recomendaba con energia la mision de Inglaterra. En la carta á Agustin, principia felicitándole por el feliz suceso de sus trabajos, y despues añade (1): «en medio de tantos motivos de regocijo, no ceseis de temblar, mi amado hermano. En las maravillas que el Señor se digna obrar por vuestras manos, acordaos de que cuando los discípulos decían con júbilo á su divino Maestro que los demonios les obedecían en su nombre, les respondió: *No os alegréis de esta potestad, sino solo de que vuestros nombres estén escritos en el cielo.* Reflexionad, añade el Santo Papa, que estas gracias brillantes no son gracias para vos; y que asi como

no todos los escogidos obran milagros, asi no todos los que los obran son de este número. En tanto que el Todopoderoso obra exteriormente por vuestro ministerio, juzgaos á vos severamente en vuestro interior. Traed á la memoria todas las culpas que habeis cometido, á fin de sofocar el orgullo que podría despertarse en vuestro corazón.» Entre las pruebas sin número de los milagros de San Agustin en Inglaterra, no las hay mas convincentes que estos graves consejos de parte de San Gregorio.

Despues, contestando á los artículos de la consulta que le habia dirigido, le dice que las rentas de la Iglesia debían dividirse en cuatro porciones; la primera para el obispo, que está obligado á egercer la hospitalidad, la segunda para el clero, la tercera para los pobres, y la cuarta para reparar los templos. «En cuanto á vos, añade, que habeis pronunciado los votos de la vida monástica que jamás debeis echar en olvido, cuidad de introducir en la nueva iglesia de los ingleses la vida comun, á ejemplo de los primeros fieles.» Ved aquí sin duda por qué en Cantorberi y en otras muchas iglesias de Inglaterra ocupaban los monges el lugar de los canónigos. Ordena tambien San Gregorio en términos los mas espresivos, que asi los subdiáconos como todos los eclesiásticos de orden sacro, guarden con religiosidad la continencia. Su atencion particular sobre este punto nacia del abuso contrario que acababa de reformar en la iglesia de Catania en la Sicilia. Careciendo todavía la Inglaterra de otro obispo que Agustin, el Papa le permite consagrar á otros por sí solo, hasta que pueda observarse mejor la disciplina general. «Entonces, dice, se reunirán tres ó cuatro para la consagracion; asi como en el mundo se reúnen personas ya casadas para tener parte en la alegría de las bodas.»

«Es un crimen, continúa el Papa en su

(1) Gregor. M. lib. 9 Epist. ep. 58.